



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las impresiones de viaje, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la historia universal, y un cuadro, por Costanzo, y un pliego de la historia del reinado de Felipe Segundo, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Continuación).

—No se decidirá, dijo tristemente la señorita de Bévillé. Es una esperanza á que hay que renunciar, pero yo traigo una cosa mas segura... Hoy mismo, mi discípula, la señorita Silvanía de Pleonel, va á venir aquí con su padre á pedirnos que la deis lecciones de pintura; vereis qué jóven tan buena y tan linda; y luego es tan bonita; quizás se tratará tambien de su retrato, porque hablan de casarla pronto.

Un gran suspiro salió del corazón de la solterona, pero al punto volvió á Cecilia, y sacando de su bolsillo un estuche, la dijo:

—Aquí están las alhajas de que queriais deshaceros.

Un rayo de alegría iluminó el rostro de Cecilia, que al punto abrió el estuche y sacó una pulsera que besó religiosamente, diciendo:

—¡Pobre madre mía! Después una vaga inquietud comenzaba ya á alterar su alegría, cuando la señorita de Bévillé la dispuso diciéndola:

—Silvanía de Pleonel está en todo, y comprendiendo que las lecciones y los retratos no pueden producir mucho por ahora, me dijo: id pronto á llevar el valor del cuadro que yo compro, á fin de atender á lo presente, porque grande debe ser el apuro en que se halla para deshacerse de las memorias de una madre.

La buena señorita se envanecía con haber sacado una discípula como esta, ofreciendo de su parte á Cecilia una bonita cartera verde, donde la amable Silvanía habia puesto parte de los billetes de banco que le habia dado su padre para alfileras.

Cecilia se enterneció con aquella generosidad inesperada, y todo su corazón sintió por Silvanía un entusiasmo de verdadera amiga. La jóven olvidaba la utilidad del beneficio, y no pensaba mas que en la delicadeza con que habia sido hecho. En su alegría expresiva y lierna, como lo son las alegrías de la juventud, Cecilia quiso hablar á la señorita de Bévillé de sí misma, de la posición á que se veía reducida, del disgusto que experimentaríase cuando tuviera que mudar de casa; pero la pobre solterona se calló; en su existencia precaria y siempre dependiente de los otros, habia aprendido á sofocar sus penas. Un apretón de manos, una mirada afligida fué todo lo que obtuvo la graciosa jóven, y después se separaron.

Cuando Cecilia quedó sola, se puso á arreglar sus cuadros, sembrando flores por todas partes, ese lujo de la juventud que hermosa hasta la misma felicidad, y en seguida tomó su paleta y sus pinceles. Una esperanza de tanta fuerza, que la jóven acababa de recobrar las suyas, y si aun habia un poco de melancolía en su alma, se conocia que la resignación la dominaba.

uno de sus amigos vendría después con él para visitar el estudio de la jóven artista. Este amigo segun decia el poeta, habia vivido en Italia, y deseaba conservar el recuerdo de aquel viaje, comprando algunas vistas de Roma, de que él le habia hablado.

Cecilia lo que mejor pintaba eran cuadritos pequeños con figuras que animaban el paisaje, y con fondos arquitectónicos; pero además, como muchos pintores modernos, tenia el don de saber hacer buenos retratos. Su estudio estaba lleno de bonitos sitios tomados de las inmediaciones de Roma, y tambien de bocetos de esas hermosas cabezas romanas, donde la vida parece respirar por todos los poros; y esta variedad demostraba el talento de la jóven, á quien solo faltaba un poco de felicidad para conseguir una alta reputación y nombradía.

Emilio miraba todas las obras de Cecilia, y la ayudaba á colocarlas bajo un buen punto de vista, con el interés de un hermano cariñoso y la simpatía hacia lo bello propia de un artista.

La manera como se habian conocido, la protección que el jóven le habia dispensado, y el modo franco y leal con que le habia revelado su situación, habian establecido entre ellos esa intimidad que puede existir entre dos hombres ó dos mujeres, pero nada mas.

Emilio se sentó al lado de la jóven, y la dijo:

—Quisiera seros útil como un amigo, como un hermano, durante el tiempo que debo permanecer aun en Paris, porque dentro de dos meses seré libre. Entonces me marcharé á Italia, que es el refugio de los que tienen que huir de tristes recuerdos. Un cielo hermoso, el aspecto de las grandezas caídas, todo se presta al olvido de uno mismo. Si pudiera seros útil en algo antes de mi marcha, este seria el único recuerdo que quisiera conservar. Sois jóven, graciosa y sin familia; ¡cuántos riesgos! No os hablo de esos ataques groseros como el del otro día, sino de otros que podrán seducir vuestro corazón tierno y afectuoso.

—¿Mi corazón? interrumpió vivamente Cecilia... ¡Oh! ¡no temais nada, en el día es invulnerable!

—¿En el día! repitió el jóven mirándola con una atención que hizo ruborizar sus pálidas mejillas.

—Si, en el día, ¡y quiere Dios que sea siempre como ahora! respondió Cecilia con tristeza.

—¡Ah! dijo dolorosamente Emilio; amais ó sois acuada de alguno ¿no



Emilio se sentó al lado de la jóven.

Aquel era día de buenas noticias. Emilio llegó poco después de haberse marchado la señorita de Bévillé, anunciando que

es cierto?

Cecilia repuso tratando de sonreírse:

—¡Muy mal me comprendéis, amigo mio!

tengo que decirlos toda la verdad, porque no he principiado á abrirnos mi corazón sin el proyecto de confluencia lo pasado para tranquilizaros sobre lo futuro. ¡Oh! voy á hacer aquí una confesión sincera... ¡Ay! añadió con un suspiro, á pesar de que quería dar á sus palabras un acento alegre é indiferente; ¡ay! un sentimiento poético, ideal... y desgraciado... sí, un sentimiento desgraciado liga mi pensamiento á un recuerdo que en vano intento desechar de mi memoria. Oídme, Emilio, y sabréis todo lo que hay en mi alma.—Hace dos años vivía en Roma ocupada en un trabajo que hacia la delicia de mi vida y exaltaba mi imaginación. En ese hermoso país, donde domina únicamente el talento, y donde la gloria es aun superior á la riqueza, el trabajo es una esperanza que lo encierra todo. El trabajo era mi única felicidad. Cuando había pasado un día entero, copiando alguna obra maestra, me pasaba por la noche entre ruinas que hablaban á mi alma, y me retiraba contenta para descansar con un sueño apacible. La vida me era dulce y grata; pero entretanto se acercaba el tiempo de las pruebas. Pensaba en mi vuelta á Francia, y los antiguos monumentos de la Italia me agradaban mas que antes; eran los amigos de los días dichosos, tenía miedo de abandonarlos, y me parecía que un día había de llamarlos. Muy pronto llegó ese día. En los seis meses que llevó ya en París, me gastaba mi vida diez años, aunque no es lo común en las márgenes de este país, añadió la joven tratando de no entregarse á la tristeza rediriendo las penas de su alma.

—Pero hasta ahora, dijo Emilio, no veo como hayais podido perder la paz del corazón.

—He querido explicaros antes de llegar á eso, respondió Cecilia, la situación en que me hallaba, y la vida ideal que disponia mi alma á la ternura. ¡Ah! sé que hay muchos peligros para el que sale del mundo real; pero ¿qué queréis? los ricos tienen el lujo, las fiestas y los viajes por poesía, y los pobres tienen todo su idealismo en el corazón. Para mí la realidad era una vida de trabajos y de privaciones; en mis sueños consistía toda mi felicidad.

Cecilia calló, y después de un suspiro comprimido continuó algo cortada.

—En fin, en los últimos días de mi residencia en Roma, yo no estaba yo sola con mis ilusiones en mis pasos nocturnos. Un joven venia á mi lado, me había dicho que era pintor y pobre cual yo, que no tenía ningún pariente, y que le conocían únicamente con el nombre de Federico. Yo le había dicho mi nombre, aunque no me gusta nombrar á mi familia que me rechazó y me abandonó en mi aflicción; pero tenía mucha confianza en Federico; su afecto hacía mi parecía vivo y tierno, aunque era tímido, respetuoso y delicado como el de un hombre que desea inspirar tanto amor como estimación. Juzgué, pues, que un día uniría mi vida de retiro y de trabajo á la vida pobre y laboriosa de un honrado joven que me amaba. No era esta una ambición extraordinaria.

—¡Ah! vuestros deseos no podían ser mas modestos, y deberían haberse realizado, dijo Emilio.

—Todo me lo hacia esperar así, replicó Cecilia; Federico pertenecía al mismo país, á la misma ciudad que yo; debía volver á París para la misma época, y muy a menudo hablábamos de la inmensa capital y de las notabilidades que encierra, de los artistas célebres, de los escritores ilustres. Leíamos sus obras juntos, hablábamos de la gloria como de una esperanza que puede compartirse entre dos, así como la felicidad.... Cuando recuerdo todas sus palabras pronunciadas con un tono tan sincero y tan confiado, siento un dolor indecible, porque todos aquellos proyectos deliciosos que parecían otros tantos arranques de su corazón, todo aquel afecto tan vivo, tan puro, ¡todo eso era falsedad!

—¡Es increíble! dijo Emilio.

—Sí, falsedad... Jamás había pensado en unirse conmigo... jamás había formado proyectos de trabajo ni de matrimonio! Buscaba únicamente una aventura sentimental para adornar las páginas de su viaje y estancia en Italia. No era pintor, ni era pobre, era el hijo único de un rico banquero. Una tarde que habíamos vagado por las inmediaciones de Roma, nos encontramos con un grupo de gente que también nos recorda

lo mismo que nosotros. Federico, que pretendía no conocer á nadie en Roma, quiso alejarse; pero todos le saludaron, y no fue el nombre de Federico el que pronunciaron los jóvenes que le cogieron por el brazo. Yo me había retirado un poco, y pude oírme solo sin que lo notaran, pero entre aquella brillante reunión distinguí á la única persona que conocía en Roma, que era el director de la escuela francesa de pintura. Al día siguiente supe el verdadero nombre del que amaba, y ya conocería cuál sería mi turbación actual, y mi dolor cuando descubri que era el hijo de aquel hijo que se había negado á acudir al lecho de muerte de mi padre... ¡era mi primo! pero nunca habíamos podido vernos, porque antes de mi nacimiento, los parientes ricos habían roto mi relación con los parientes pobres.—Aun mi nombre le era sin duda desconocido, y en la joven sin fortuna y sin familia, no había visto mas que un antaño ó un capricho; se había llamado artista, para darme la esperanza de ligar mi suerte á la de un igual, y se había presentado como hombre desgraciado para hacerse amar.

—Eso prueba que os quería mucho, dijo Emilio, que os apreciaba.

Cecilia se sonrió tristemente y prosiguió:

—Pero habría querido sin duda quitarme mis derechos á ese afecto... ¡placérase amar con la esperanza de casamiento para abandonarme después á un orfandad eterna... ¡Dios mío! ¿no es bastante haberme dejado un recuerdo penoso que ha colmado mi alma de amargura? Es cierto que ese sentimiento ha sido para mí una gran lección, y que ha hecho mi corazón involuntariamente... pero he llorado mucho, Emilio. Cuando supe quien era Federico, tomé mi resolución inmediatamente; no perdí un instante para hacer mis preparativos de marcha. ¡Oh! solo lloro un poco al recordar lo pasado. Quise ver por última vez el sitio donde nos reuníamos todas las tardes, y fui dos horas antes de lo acostumbrado. Dejé allí una cortija de lava que me había dado al lado de la tumba de Cecilia Metella, aquella matrona rica y noble, muerta en medio de todos los esplendores de la vida, y entonces se me vino la idea de tomar su nombre para ocultar todas las miserias de mi triste existencia. Renuncié al nombre de una familia que me había sido tan dolorosa, á mi nombre de bautismo, bajo el cual había sido amada y engañada. Quise llamarme Cecilia, desconocida, sin parientes, sin pasado... ¡Oh! mucho valor hay en mi alma; rompí de una vez con aquello que no debe existir, pero mi corazón se oprimió y se destruyó. Horé tanto, que el esplendor de la juventud desapareció para siempre en mi pálido rostro; pero ahora ya estoy tranquila... y nada me es grato sino el arte de la pintura. Es mi único amor: le amo por el placer de ver nacer entre mis dedos un objeto al que yo doy la existencia y vida. En este placer del trabajo olvido que mis obras pueden darme la celebridad, ó pueden dejarme morir desconocida de todos. No veo mas que el placer de adelantar, y si me canso y me consumo á veces en mis esfuerzos, me juzgo bien recompensada cuando creo haber hecho algo mediano. Es un amor también, pero con la ventaja de que se halla á cubierto de las ingraticitudes.

Cecilia había acabado de hablar hacia algunos instantes, y Emilio nada respondía; hallábase preocupado por un pensamiento, y solo dijo á media voz como hablando consigo mismo:

—¿Y cómo puede renacer así la tranquilidad?

Después, viendo que los ojos inquietos de la joven se fijaban en él, se volvió hacia ella y añadió:

—Vuestras nobles palabras contienen una lección que no se me olvidará jamás.

—¡Gracias por lo que me decís! Así, pues, no he desmerecido en vuestra opinión con mi confesión? dijo Cecilia alargando una mano á Emilio.

—Os habeis mostrado tan grande en vuestras palabras, le respondió, que no me considero digno de esa amistad de hermano, que sería mi única felicidad en este mundo, en el caso que me la ofrecierais.

—¡Hermano mío! ¡hermano mío! dijo Cecilia; un día llegará en que me franqueéis vuestro corazón... porque bien conozco que está lleno de tristeza, y que también necesitáis de un corazón que os alivie.

Emilio se había levantado, pues era tiempo ya de marcharse.

—No habtemos de mí, dijo volviendo á tomar aquel aire reposado y dulce que le era habitual, ni volyamos tampoco á hablar en lo sucesivo de lo que acabais de confiamos. Tener á una hija es acrecentarla, ó á lo menos es impedir el que se disminuya...

—Tenéis razón, exclamó la joven candorosamente; me siento como veda con lo que os he dicho, y quizás necesitaré mas de un día para volver á tranquilizarme... pero quería que me conocierais con mis ideas, mis sentimientos, mis penas y mi alegría. Ahora dos palabras mas ya que lo sabéis todo ¿quiereis ser mi amigo?

—Os lo he dicho, esa será la mayor felicidad que pueda haber para mí en este mundo, y después al irse á marchar añadió:

—Después de una hora de confidencia, parece que se ha vivido juntos: ahora somos antiguos amigos.

Y la dejó, pero para ocuparse de ella. Quería verla con fortuna y con fama artística, ya que no le era dado verla feliz, y este proyecto le hacia olvidar sus propias penas.

Cecilia, después que se marchó Emilio, corrió á su buena Francisca con la confianza y la alegría de una niña, para anunciarle que no le faltaría trabajo, y la dio por pronto el dinero que la había entregado la señorita de Beville.

Disipar las inquietudes de aquella criada afectuosa con su joven ama, y que cuidaba de todo lo relativo á la casa, era para ella un gran placer. Y después, al lado de aquella mujer que cuidó de ella cuando era niña, le parecía que conservaba aun alguna cosa de sus tiernos años. Francisca no conocía mas que las penas de la vida material de la joven, que no la había iniciado en las otras, y no porque Cecilia desconociera de su discreción, pues sabía muy bien que las mujeres de toda edad y condición comprenden las cosas sentimentales; pero Francisca se hallaba afanada con tanto trabajo, y á veces con tantos apuros, que Cecilia no quiso aumentar su peso, pues sabía que su sensibilidad era excesiva, tratándose de la que ella llamaba su *hija*.

Francisca había visto á Cecilia tan niña, que en efecto, la miraba aun como á una criatura, y esto gustaba á la joven, porque las caricias y el tono de la criada, la recordaban, como hemos dicho, sus años juveniles. Esto la tranquilizaba y serenaba su espíritu, pues era como una brisa fresca y pura de la mañana, que pasaba en medio del ardor del medio día.

El estudio de Cecilia se hallaba precedido de una salita y de un comedor que hacia de antecámara y daba al estudio. Todo era muy pequeño, y se hallaba en lo mas alto de la casa; allí se acababan los muchos escalones que había que subir para llegar á casa de la joven. No había en el rellano de la escalera mas puerta que la suya, y esta falta de vecinos á su lado permitía dejar puesta la llave en la puerta, para las visitas con que podía contar Cecilia á ciertas horas del día en que Francisca estaba fuera, ó se hallaba ocupada en los quehaceres de la casa.

Esto explica cómo en el instante en que Cecilia fué á buscar á su criada, entró un hombre sofocado, pero que lemita equivocarse y entraba tímidamente sin hacer ruido.

(Se continuará.)

CAUSA HORROROSA

DE CATALINA LESCOMBAT.

María Catalina Taperet nació en París en 1725: sus padres, aunque pobres, se esmeraron en darle una regular educación, á favor de la cual, y aun mas de su gracia y hermosura, en cuyas cualidades esteriore habia la naturaleza marcado con ella su prodigalidad, llegó á adquirir un bello y un aire popular, que las mas de las veces se convierte en instrumento de ruina de las personas que no pueden contrabalancear los peligrosos atractivos del mundo con la sólida virtud.

Viéndose la joven Catalina estrechada por un enjambre de adoradores que solicitaban su mano, cuando apenas había llegado a la edad de la pubertad, se decidió por un tal Lescombat, arquitecto, que podía asegurarte con su trabajo una regular decencia.

Habiendo tenido en este linaje mas parte el cálculo especulativo y la precocidad de la naturaleza, que los nobles impulsos del corazón de esta muger, no es extraño que ya desde los primeros momentos de su union con el apasionado arquitecto, le manifestase una frialdad, tanto mas notable, cuanto que formaba un contraste muy chocante con el ardiente amor que este la profesaba.

No pudiéndose figurar Lescombat que en un corazón tan fiero cupiese género alguno de falsedad y engaño, dejaba sin ningún cuidado a su esposa en completa libertad, en tanto que él había de ausentarse para ejercer su oficio. Esta peligrosa muger, sobradamente inclinada á la coquetería, se fué riciando gradualmente, si bien al principio limitaba su ambición á un pequeño círculo de gentes honradas de la vecindad, en cuyo trato no se había desplegado todavía género alguno de prostitución.

Empero ensanchado ya dicho círculo con otras personas extrañas atraídas por sus fascinadoras encantos, y creciendo en igual grado el desconfianza y desprevención del marido, empezó á oír con agrado las halagüeñas expresiones de la galantería, y perdió totalmente su pudor, hasta el punto de considerar como nuevo pábulo á su vanidad y orgullo el aumento de conquistas, y por último, el desenfreno en la voluptuosidad.

Aunque entre los amantes correspondidos por la Lescombat los hubo bastante indiscretos que se jactaban de sus triunfos, nada trastucó el pobre marido, y cuando vió que su esposa huía de aquellas mismas relaciones en las que había principiado á corromperse su carácter, atribuyó á miras honestas una retirada que tenía el objeto malicioso de evitar que sus intrigas escandalosas llegasen á ser conocidas por el elido Lescombat. Preocupado este pobre hombre con su pasión, y deseando que su ingrata y pérfida esposa no llegara á fastidiarse por falta de trato, tuvo la debilidad de poner casa de huéspedes.

Catalina se entregó de gozo con esta resolución, que le proporcionaba tener de continuo á sus inmediaciones una pequeña corte compuesta de buenos mozos que se disputaban el honor de enamorarla, cuyos esfuerzos solía ella recompensar con dadivosa mano. Uno de ellos, llamado Mongeot, que seguía la carrera de ingeniero, había hecho mayor impresión que los demás, y quedó instalado en su favorita.

Estos impúdicos amores no pudieron quedar encubiertos mucho tiempo; tuvo sospechas de ellos Lescombat, se suscitó una reyerta muy agitada entre ambos esposos, y su resultado fué la violenta despedida del amante con alboroto y escándalo.

Poseída de la furia aquella infame muger, juró desde aquel momento la ruina de su esposo; pero como necesitaba tener á su lado á Mongeot para dar ejecución á su diabólico plan, no paró hasta que con sus artificiosos manejos y con el apoyo de algunos amigos del marido logró que este se reconciliase con el injuriador de su honra, porque supo pintarle con tal viveza su fugido amor, hizo tales encarecimientos de su falsa virtud, jurando que ni de pensamiento le había ofendido, y que no era capaz de ser infiel á un marido á quien no había cesado de amar un solo instante, agregando otra porción de promesas y protestas engañosas, que el buen Lescombat borró completamente de su memoria toda idea desfavorable á la opinión de su esposa.

Enredado ya Lescombat en el lazo con el falso velo de la amistad, se consideraba Mongeot mas feliz que nunca, pudiéndose entregar con libertad al desahogo de su ilícita pasión con una muger que adoraba. Fué en uno de estos momentos de delirio cuando aquella descadenada muger representó á su amante la necesidad de desembarazarse de un celoso que había de turbar de continuo sus placeres, que los había de tener en un estado perpetuo de azoramiento ó

inquietud, y que había de concluir por ser su verdugo mas cruel.

Aunque Mongeot se había dejado arrebatar de esta culpable pasión, sin embargo, no había nacido para el crimen; su corazón lo repugnaba; así es que empleó toda su elocuencia para disuadir á su amante de tan bárbaro proyecto; ella insistió con doble ardor en que se derramase la sangre de un marido que no había de perdonarle nunca su infidelidad, y como observase que Mongeot recibía con desagrado sus infernales escitaciones, prorumpió en amargas quejas y denuestos, llamándole cobarde, pérfido, ingrato á su amor, y causa de su ruina. A las injurias sucedieron las lágrimas y los sollozos; pero Mongeot se mantuvo insensible á todos los encantadores artificios de aquella arpa, y se separó de ella lleno de indignación, mas tuvo la desgracia de volverla á ver al día siguiente, y ya no tuvo fuerza para resistir el último ataque que le fué dado con nuevas baterías de quejas amorosas, suspiros, lloros, ruegos, amenazas, desmayos y desesperados arrebatos. Vaciló su virtud y se entregó á discreción, sellando su degradante derrota con la promesa que le hizo de ser él mismo el asesino de su esposo.

Como datos de ilustración de este horrible atentado, insertaremos la execrable correspondencia de estos dos malvados, que deja plenamente comprobado el crimen de que fueron acusados, y que pone en claro el carácter atroz de aquella muger infernal.

«No te olvides, querido amigo, te escribía ella, de lo que me has ofrecido. Tú me has jurado por lo que hay de mas sagrado, que me librarías de mi esposo. Descansa en la confianza de que tú has de dejarme vengada. ¡Cielo! ¡Será cierto que en breve quedaré desembarazada de un peso que tanto me oprime! ¿Con qué impaciencia y ansiedad espero este instante tan feliz y encantador para mí! Toma bien tus medidas. ¡Piensa que está comprometida tu vida y la mía! Si no te sintieses con bastante firmeza para dar el golpe, confíesamelo; llega á tal grado mi furor, que sabría hallar otros medios para verme libre de un bárbaro que no piensa sino en aumentar mis desgracias, soy una tigre; tengo el infierno en el corazón; nada hay de sagrado para mí. ¡Ah! si tú pudieras conocer á fondo el corazón de una muger ultrajada, perseguida, desesperada, ejecutarías sin dilación mi encargo. ¡Con qué gusto oíré la noticia de que ya mi marido haya espirado! ¡Con qué gozo recibiré en mis brazos á su asesino! ¡Nunca me habrás parecido tan amable! Mas ahí los temores que me dejaste entrever desde el principio, me tienen inquieta. ¿Será posible que no tengas valor para servirme? Si, ya veo que tú tienes perder los cortos instantes que forman el curso de nuestra vida; esto es lo que te detiene. Tú no me has amado jamás. Nunca tú has experimentado aquellos arranques impetuosos que el amor inspira. Jamás he podido leer en tus ojos aquel ardor que no se puede ocultar, y que anuncia el incendio del corazón.

«¡Cuánlo siento haberte conocido! Tú me has seducido, mis días corrian con indiferencia, y tú viniste á arrancarme del trabajo en que yacía; con tus discursos lisonjeros, y con mil atenciones y obsequios, supiste ganarte mi corazón. Tú me obligaste á confesar mi derrota, y triunfaste por fin de mis caprichos, de mi resistencia y de mi deber. Si yo me hubiera abandonado á cualquiera otro, ya mi esposo no existiría.

«¿Crees tú intimidarme con vanos clamores! Te figuras que podrá ser alterada mi resolución por la horrible imagen que me presentas de los tormentos que sufren los criminales. Te equivocas. Ni aun la patética pintura que me haces de las angustias que acompañan en los últimos momentos á los reos conducidos al patíbulo, podrá hacer la menor impresión en mi ánimo. Tú quieres que me figure trasladada en idea á una plaza pública á verte espirar por las manos del verdugo, á la vista de toda una población... Tú me amenazas con este mismo género de muerte. Me dices que no tendrías valor para resistir á los tormentos que te diesen, y que me denunciarías como tu cómplice.

«Nada importa, prosigue. No te dé cuidado alguno mi vida, esta me será ediosa mientras mi

marido exista. Yo la sacrificaré con gusto, con tal que beba la sangre de un bárbaro que detesto. No tengo mas que decir. ¿Por qué no vas desde ahora, miserable, á delatarme á la justicia? Te creo capaz de todo. Empero si tú puedes todavía ensalzar mis vicios, si tú recomendas mis desajustos, si yo veo correr la sangre de mi marido, todo lo debes esperar de mí, mil vidas que tuviera las daría por ti; tú serás siempre el diablo de mi corazón; no será posible que nadie haya amado tanto como yo te amaré...»

Mongeot la contesto en los términos siguientes:

«Bien sabes tú, querida amiga, que yo te adoro, y que todas tus reconvencciones me atraviesan el alma. Pues bien; yo te haré ver que no las merezco; si, quedarás satisfecha. Tú verás que no temo perder la vida cuando se trata de servirte. Aunque mil muertes se presentasen á mi vista, no daría un paso atrás, lo ofrecí y lo cumpliré. Preveo lo que me aguarda; leo en el porvenir la suerte mas funesta y el destino mas cruel; pero nada me arredra. Si, tu marido morirá, y yo seré su asesino. Ya no voy en el seno un enemigo implacable. Tu corazón será el premio de mi atentado. Es preciso complacerte para merecer tus favores: me obligas á darte pruebas de que te he amado siempre con delirio, y de que te amaré hasta mi postrer suspiro.

«Una sola gracia voy á pedirte. ¿Serás tan generosa que me la concedas? Se reduce á que me permittas que yo ataque á tu marido con lealtad y á guspa de valiente. Yo espero salir bien del desafío, tú conseguirás tu intento, y yo no llevaré la fea nota de asesino. Quiero disponer de su vida con riesgo de la mía. Yo elegiré sitio y oportunidad. Ten paciencia, no te precipites. Mas vale aguardar una ocasión favorable que temer el golpe. Conozco poco mas ó menos todas sus entradas y salidas, yo te prometo que dentro de poco dejarás de ver al autor de tus penas, al tirano que te oprime. Tú me tratas de cobarde, tú consideras como un crimen mi ingenuidad en poner delante de tu vista el horror del suplicio; pues bien, ya no te hablaré mas de las terribles consecuencias; estoy bien seguro de que has de mirar con indignación este asesinato que ahora me ordenas, y que me aborrecerás tanto como ahora prometes amarme; mi pasión es demasiado violenta para que tales ideas puedan desviarme de la resolución que he tomado. Concédeme tan solo ocho días: ya ves que no es muy largo el plazo que te pido... pero sobre todo, no me digas que nunca te he querido, y que no he tratado mas que de seducirte.

«Jamás el amor encendió una pasión mas fuerte que la que yo siento por ti. Si, haré cuanto tú quieras; habla y serás obedecida. Lo que hace que yo me rinda á todos tus deseos no son tan solos los arrebatos del amor, sino la gloria de no desagrardarte. No conozco en la vida un gusto mayor que el de complacerte. Hazme, pues, la justicia que yo merezco, arrepiéntete de lo que me has dicho y de lo que me has escrito. ¡Qué dureza en tus expresiones!

«Parece que no piensas en desembarazarte de tu esposo, sino para desahucarte de mí al mismo tiempo. Se diría que en lugar de una víctima deseas que haya dos; que quieres sacrificar á la vez al amante y al esposo; que no tienes mas regla que la venganza, y que el amor es lo último en que tú piensas. Deseo que no suceda nada de cuanto presagio: desco que todo salga á medida de tu voluntad, pero ten presente desde ahora para siempre, que si nos perdemos, tu vida será la que yo trataré de salvar, y no la mía.»

Indignada la infernal Lescombat de tales incertidumbres, y de ver la vacilación de Mongeot para cometer aquel horrible atentado, le escribió la segunda carta; que dice así:

«Ya esto se acabó, caballero; voy á reconciliarme con mi marido para vengarme de vd. Voy á arrojarme á sus pies, y á confesarle los villanos designios que nutria mi corazón. Quiero amarlo tanto como él debe detestarme. Yo contaba con vd.; lo creía capaz de emprenderlo todo por mí. Vd. me había jurado tantas veces el rendimiento de su voluntad, que yo había sido tan necia de creer la sinceridad de sus protestas y de firmarme en sus halagüeños embustes. Como he podido yo amar á un hombre de este temple

«Me avergüenzo de haber tenido esta debilidad; jamás me perdonaré esta falta. Yo te he preferido á todos los rivales, que no eran pocos, y que á la ternura mas perfecta habrían agregado ventajas reales y positivas. Todo lo he despreciado por tí, perdido. He buscado cuantas ocasiones me ha sido dable para probarte de mil modos mi vehemente pasión. ¡Cuánto he sufrido por tí! ¿No fué por causa tuya el que yo entrase en lucha abierta con mi marido? ¿Por quién sino por tí he renunciado á todas las seducciones del mundo galante? Yo te he hecho el sacrificio de mi reposo, de mi felicidad y de mis encantos... Si yo hubiese poseído una corona para quién habría sido sino para tí? ¿Por qué fatalidad has sabido tú subyugar este corazón que no habia hecho aprecio alguno de las conquistas mas brillantes que se le ofrecían por todas partes?

«¡Ojalá no te hubiera visto jamás! ¿Se creará que un hombre que reinaba sobre mi alma, y que me aseguraba que yo reinaba en la suya, no se haya dignado libertarme de mi enemigo mas cruel? Tú has causado todas mis desgracias, tú me has conducido insensiblemente al abismo, y cuando se necesita un atrevido golpe de mano para sacarme de él, tú retrocedes. Mas no importa... ¡Algo he adelantado cuando he logrado conocer el fondo despreciable de tu corazón! ¡Aborrezco desde este momento á los hombres! ¡No te presentes ya mas á mi vista! ¡No necesito ya del auxilio de tu brazo! Me creeria deshonrada si aceptase tus ofertas...»

«Tú no eras sino un monstruo, un bárbaro. Cuán feliz llegaré á ser si puedo olvidarme de haber correspondido á tus suspiros, y de haberme entregado á tí sin reserva... Esta sola idea me desespera. Nuestra enemistad ha de ser tan grande como antes lo fué nuestra amistad. ¡Poder fatal de mis encantos! ¡Qué dolor que se haya empleado en un objeto tan indigno! Te escribo por la última vez: no parezcas jamás á mi presencia. Siento que tus padecimientos no sean tan intensos como tú mereces... Hoye de mi presencia, cobarde... te aguarda una suerte funesta.

«¡Cuán gozosa estoy de haberme podido desprender de tí, castigándote con mi odio eterno! Sí, haye para siempre... Mi marido vivirá ¿es posible? ¡Ah, cruel idea! ¡He de verme precisada á ver de continuo á quien tantas veces he ofendido?... ¿Y por quién le he sido infiel? Por tí, traidor. Por tí, que deberías por lo tanto considerar como un deber, como una gloria su sacrificio. ¡Oh, cielo! ¡Qué suerte tan desgraciada va á ser la mía! ¡Qué vida tan horrible voy á pasar! Mi mayor tormento ha de ser el pensar en tí, y el considerar que he sido tan débil y tan cobarde que te he entregado mi corazón... ¡Ay de mí! Lo peor es que tú lo posees todavía; que lo copozas en los movimientos confusos que me agitan. Hazte, pues, digno de su dominio. Corre, vuela á asesinar á mi marido. Nada de desafia; la suerte de las armas es incierta, y lo que yo quiero es su sangre sin peligro de la tuya. Yo soy una muger, y me siento con un valor cien veces mas resuelto que el tuyo.»

Esta segunda carta venció la indecision de Mongeot. Pidió una cita que le fué concedida, y en la cual se acordaron los medios de dar el golpe mortal al malogrado Lescombat. Al día siguiente de esta infame entrevista, que fué la última del asesinato, escribió á su amante la tercera carta, que decía así.

«Señora, ¡va á correr la sangre que á tí te hace falta para apagar tu sed! Ya que yo no puedo agradarte sino con el título de asesino, te juro que quedarás satisfecha. Mas en donde podré encontrarlo? ¿En dónde podré atacarlo? No veo otro medio para que no escape de mis manos, sino el que me sugeriste ayer; ese me parece seguro é infalible. Tendamos un lazo á la víctima. Finjamos que nos queremos reconciliar con él, juremosle una amistad eterna; no le abracemos sino para ahogarlo. Voy á ver á tu esposo, le confesaré haber puesto criminalmente mis ojos sobre su muger, que conozco mi falta, y que mi mayor sentimiento consiste en haberle ofendido y en haber perdido su amistad. Yo le persuadiré de que nada anhelo tanto como recobrarla á cualquier precio, que yo quiero ser su amigo el mas fino y cordial, que cuanto yo

poseo está á su disposicion, y que daría mi vida por él.

«Él no podrá resistir á esta trama insidiosa; tú me ayudarás por tu parte; él es naturalmente crédulo y de buena fe, y no desconfiará de tí. Ya veo que me alarga sus brazos, que me devuelve su amistad, y que jura olvidar lo pasado. ¡Pobre hombre! ¡No gozará mucho tiempo los frutos de una paz tan simulada como funesta! ¡Cuántas atenciones va á prodigarme! ¡Cuántos testimonios de amistad voy á recibir de él! ¡Miserable! ¡Mañana será su último día, y su misma confianza acelerará el término de su vida!

«Si, lo deseo con ardor... es inexplicable la ansiedad de verme cubierto con su sangre... Yo temblo... pero dejemos á un lado estas ideas horribles... tú has hablado, y yo no debo flaquear. Te propondré una partida de campo, y así cubriré de flores el abismo en que voy á precipitarme. Las medidas que tomé tomado deben ponernos al abrigo de toda pesquisa. ¡Tuyo es el triunfo! La victoria es segura, ya mañana estarás libre de este peso. ¡Mira hasta dónde me conduce el amor que me inflama por tí! Ya no escucho ni remordimientos, ni temores; es menester que quiesca vengada; fuerza es que tu amante degüelle á tu esposo... Pues bien, ya estoy dispuesto. ¿Y dudarás ahora del exceso de mi amor? Ya no pienso verte sino despues que haya llevado á cabo este atentado.

Hace estremecer, aun á la persona menos insensible, esta criminal correspondencia, especialmente la de la furiosa muger, la cual aparece en todas estas escenas mucho mas culpable que la del amante; este hombre débil combatió largo tiempo un asesinato tan atroz; pero cedió por fin á la seducción y al irresistible impulso de su ciego amor. Con efecto, despues de haberse reconciliado con el buen Lescombat, le propuso ir á dar un paseo á Luxemburgo, á lo cual accedió gustosamente la inocente víctima. Fué muy alegre su conversacion, y como con dañado objeto de parte de Mongeot se hubiera prolongado el paseo hasta la noche, convidó á su compañero á cenar en una fonda, calle de Valenciennes; allí se entretuvieron en la mayor alegría hasta la media noche, siendo Lescombat escitado á beber con demasia, en tanto que el asesino usaba de la mayor sobriedad, para conservar despegada la cabeza, y poder completar su horrible desquite.

Se levantaron por fin de la mesa, y á pocos pasos de la fonda se detuvo un momento Lescombat por una urgente necesidad, de cuyo momento se valió el cruel Mongeot para clavarle su puñal por la espalda, y para dejar tendido en el suelo al primer golpe, al objeto inocente de sus iras criminales.

Arrestado prontamente el asesino é instruido el competente sumario, fué condenado á muerte. Despues de haberte sido notificada la fatal sentencia, pidió que le dejasen ver á su amante; esta maltrada muger tuvo la insolencia de presentarse vestida con el mayor lujo, como para insultar la desgraciada víctima de su seducción. Mongeot la dirigió las reconvencciones mas terribles, y declaró á los jueces que él no habia hecho mas que ejecutar las órdenes de aquella abominable muger; que su misma correspondencia comprobaba la flaqueza con que se habia resistido al principio á un atentado tan execrable. Se tardó arrebatadamente, sin embargo, no lo libertó de la muerte, pues que en el día señalado por su sentencia fué descuartizado.

La Lescombat fué examinada á los pocos días, y respondió con la mayor serenidad y firmeza á cuantas preguntas le fueron dirigidas. Hablando de Mongeot decía: «Es un miserable que me ha amado siempre, y al cual tenia yo tambien alguna inclinacion; pero se deja ver claramente que cuando ha tratado de inculparme estaba fuera de sí.» Suplicó á los jueces que le proporcionasen alguna comodidad mayor en su prision, en atencion á hallarse en el cuarto ó quinto mes de su embarazo. Mandaron los jueces que fuere registrada, y habiendo salido cierto su alegato, se le dispensaron todos los auxilios que pudo necesitar. Llegado el momento del parto, dió á luz un niño, durante cuyo tiempo fué asistida con el mayor esmero.

Cuando ya hubieron transcurrido seis sema-

nas, tiempo suficiente para su restablecimiento, volvió á seguirse la causa, y sufrió nueve interrogatorio. Plenamente probada su complicidad con Mongeot, tanto por las cartas que acabamos de insertar, como por la deposicion de testigos y por otros medios de igual autenticidad, fue condenada á muerte en enero de 1755.

Viéndose ya en manos del verdugo, dijo que tenia que hablar con urgencia al relator, y llevada á su presencia le declaró que estaba otra vez en cinta. En su virtud le fué concedida una tregua de cuatro meses y medio para sufrir su castigo, durante cuyo tiempo fué asistida con el mayor cuidado, observada muy de cerca y registrada con frecuencia por algunas parteras comisionadas por el tribunal.

Como al concluir los cuatro meses se hubiese visto bien probada la falsedad de este segundo alegato, se la leyó por segunda vez la sentencia de horca. Fué en su consecuencia entregada al verdugo, y no hallando ya protesto alguno para eludir el suplicio, pidió ser conducida al tribunal, despues de haberse esmerado mas que nunca en hacer resaltar sus encantos con sus atavíos y adornos, esperando comover la entereza de sus jueces por este medio, y con sus lábricas miradas, así como con el auxilio de su amena y fina conversacion, cuyo gusto se habia formado con la lectura de novelas; mas este último esfuerzo de su coqueteria y artificio mugeril, no pudo libertarla de su bien merecido castigo.

(BIOGRAFIA DE CRIMINALES CELEBRES.)

MISCELANEA.

JUSTICIA DEL DUQUE CARLOS DE CALABRIA.— Carlos, duque de Calabria en Italia, administraba justicia diariamente, asistido de sus ministros y sus consejeros, á los cuales reunia en su palacio; y temiendo que los guardias no hiciesen entrar á los pobres, habia colocado en el mismo tribunal una campanilla, cuyo cordón iba á parar al primer patio. Un caballo viejo, abandonado por su dueño, fué á restregar contra la pared, é hizo sonar la campanilla.

—Abrid, dijo el príncipe, y que entre cualquiera que sea.

—Es el caballo del general Capocio, contestó el guardia entrando; y toda la asamblea soltó la carcajada.

—¿Os reis? preguntó el príncipe... sabed que la exacta justicia se estienda hasta los animales, con que llamad á Capocio.

Cuando este habia llegado, le dijo:

—¡Hola! ¿Por qué dejas vagar á ese caballo?

—¡Ah! señor, respondió el gentil-hombre, fué un soberbio potrero en su tiempo, y ha estado conmigo en veinte campañas; pero ya es inútil, y no estoy en ánimo de darle de comer sin algun provecho.

—¿Te recompensó bien el rey mi padre?

—Me colmó de beneficios, señor!

—¿Y no le dignas alimentar á ese generoso animal que tuvo tanta parte en tus servicios? Colocale en el pesebre de tu mejor cuadra, y que sea tratado como los demas animales domésticos, pues de lo contrario no te tendré por leal caballero, y te retiraré mi soberana proteccion.

Desde entonces el general lo encargó á uno de sus ordenanzas, que le cuidaba con el mayor esmero, llevándolo á pasear, dándole de beber y cuidándole como al caballo de batalla de su amo.

P. ¿Qué es lo que todos los hombres, todas las mugeres y todos los niños hacen al mismo tiempo?

R. Envejecer.

P. ¿Cuáles son las gentes de mas letras y de mas caracteres?

R. Los impresores.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.